

LAS IDEAS POLÍTICAS DE FELIPE VARELA

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

El caso de Felipe Varela es el de un coronel rebelde que termina por convertirse en traidor y atacar a su propia patria en momentos en que se hallaba en guerra con otro país. Rafael Pividal escribió en La Paz, el 13 de febrero de 1868: "Varela era coronel en la República Argentina, antes de sublevarse contra el gobierno y abrazar la carrera de ladrón público. Pero era uno de esos coronel gauchos, ignorante en milicia, hombre sin educación, de esos coronel caudillos, como los que hacía Rosas, Artigas o Peñaloza para emplearlos en su servicio personal; resto de la milicia bárbara de aquellos tiempos de triste recuerdo" (*Felipe Varela ante los pueblos americanos*, Paz de Ayacucho, 1868. Imprenta Peceña. Calle del Recreo núm. 208, 44 páginas). No era, por tanto, general, como él se titulaba. Pividal, en la refutación que hizo al folleto de Varela (*Manifiesto a los pueblos americanos, sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años de 1866 y 67*) recuerda que la primera vez que aparece el nombre de Varela en forma pública fue después de Pavón. Se presentó en Córdoba al general Paunero para hacer algunos servicios. Fue así que llevó comunicaciones a La Rioja y al caudillo Peñaloza "que se había declarado independiente en La Rioja y quería hacer de esta desgraciada provincia una provincia suya". La segunda vez fue como edecán de Urquiza, en Entre Ríos, cuando se desorganizó el ejército de esa provincia en Basualdo y Toledo. Por tercera vez se le encuentra en Buenos Aires. Había ido a solicitar sus sueldos de

coronel. El vicepresidente Marcos Paz le hizo dar dos mil patacones por formar parte del ejército que iba a combatir contra el Paraguay. Después se convirtió a sí mismo en general y se puso el frente de una revolución.

Rafael Pividal hizo una extensa refutación del folleto de Varela. El primer cargo con que acusó al gobierno argentino fue el de no haberse incorporado a la Alianza Americana. Lo había invitado el gobierno chileno el 30 de junio de 1866. Hace notar que el gobierno argentino, por medio de su ministro plenipotenciario Sarmiento, había invitado a Chile a una misma alianza el 16 de julio de 1864. Chile no había declarado la guerra a España y no la aceptó. La Argentina, inquieta por la palabra "reivindicación" que había pronunciado el almirante Pinzón, dio la voz de alerta en América, pero España aseguró a la Argentina que sus intenciones no eran las de reconquistar América, sino solucionar un malentendido con Chile y Perú y la situación cambió. Era un problema que no afectaba a la Argentina ni a la independencia de América. Otro cargo que Varela hizo a la Argentina, particularmente al gobierno de Mitre, fue la guerra con el Paraguay. Explicó que Francisco Solano López estuvo convencido de que tanto la Argentina como el Brasil querían anexarse el Uruguay y que por ello declaró la guerra al Brasil. Luego la declaró a la Argentina porque se negó a permitirle el paso de sus tropas por Corrientes y Misiones. Son hechos archisabidos. Los orígenes de esta guerra, que Pividal aclara a la perfección, siguen discutiéndose por razones de política tradicional o simple desconocimiento erudito. Varela atribuía al ministro Rufino de Elizalde el propósito de unir a la Argentina, el Paraguay y Bolivia. Aún hoy todos los pueblos americanos repiten en banquetes el ideal de una unión hispanoamericana. En aquellos años, Gran Bretaña, que garantía la independencia del Uruguay, no habría permitido que ninguna nación se lo anexase. Cuando el Brasil, después de la guerra estuvo a punto de convertirlo en un protectorado, la Argentina, por medio de la misión Mitre, lo impidió. La suspicacia de Varela era, por tanto, algo sumamente infundado. Por otra parte, no lo autorizaba a levantarse en guerra contra su patria. Pividal pasó luego a refutar a Varela en sus ataques a la administración porteña. Demostró que el gobierno empleaba las rentas nacionales en gastos que co-

respondían a la nación. Los progresos que se advertían en la ciudad de Buenos Aires se pagaban con dinero propio de la provincia y no de otras provincias. El gobierno estaba compuesto por dos porteños y cuatro provincianos. Varela acusaba a los jefes nacionales enviados a las provincias de saquear y degollar: lo mismo que había hecho Varela. Pividal se preguntaba cómo había sido vencido Varela y cómo no habían sido vencidos los otros jefes acusados de los mismos delitos. La sublevación de Méndoz, el 9 de noviembre de 1865, había sido de presos escapados de la cárcel a cuyo frente se puso Carlos Juan Rodríguez. Tenía un carácter local y no nacional. Varela invadió la Argentina desde Chile, con chilenos que eran bandidos, criminales huidos de la justicia. Su secretario era chileno. Los argentinos no lo acompañaron. Varela quiso que Bolivia declarara la guerra a la Argentina. No lo consiguió. El cónsul boliviano en Salta, Eugenio Caballero, informó a su ministro de relaciones exteriores, Mariano D. Muñoz, que Varela atacó esa ciudad el 2 de octubre de 1867. Después de tres horas de combate tomó la ciudad, la saqueó y al cabo de otras dos horas huyó rumbo a Jujuy frente a una división del general Navarro, que venía persiguiéndolo. Decía el cónsul boliviano: "Es increíble el estrago que en el corto espacio de dos horas hizo en la ciudad la gente de Varela. En lenguaje oficial y con la más alta imparcialidad puedo informar a V. G. que el señor Varela no es jefe de partido político ni puede considerarse de otra manera que como a cabeza de una cuadrilla de malhechores públicos que se han propuesto asaltar poblaciones indefensas para adquirir por medio del degüello todos los valores posibles y entregarse a los excesos brutales de un desenfrenado vandalismo. Yo soy testigo de que al desempeñar este plan no se ha ejercido un solo acto político ni se ha tenido en cuenta opinión ni partido, pues de todos los que han tenido la desgracia de encontrarse en la miseria a consecuencia del saqueo que han cometido conjuntamente y por partidas desde su ingreso a los Valles Calchaquíes hasta su refugio en el territorio boliviano; los uno han sido prescindentes de política y los más pertenecían al partido opositor a la actualidad".

El señor cónsul Pividal refiere cómo todos los habitantes, "desde el párroco hasta la esposa vieja del labra-

dor huían despavoridos, abandonándoles al botín todos sus haberes”. Cualquier persona era tratada como enemigo, sin preguntarle a qué opinión política pertenecía. Los soldados ponían el cuchillo al cuello y con acento aterrador preguntaban: “¿Dónde está la plata?”. Los actos eran tremendos. “Se les ha visto degollar sobre los altares de una iglesia, ultrajar y conducir como prisioneros a los religiosos de San Francisco, estropear las señoras que se refugiaron en aquel templo, disponerse a asaltar los monasterios, destrozár imágenes sagradas y hacer ostentación de no sentir respeto por cosa alguna. Todo esto sucedió en dos horas.” En la ciudad de Jujui, “sería imposible describir lo que allí hicieron; el conjunto de las amarguras que sufrió aquella población es un poema de la agonía de un pueblo. Cada familia relata un episodio más o menos conmoviente de sus terrores, de su fuga y de los milagros que se han operado para salvarse”. El cónsul advirtió a su gobierno que ejerciese la mayor vigilancia sobre esos forajidos. “Todos ellos están manchados con sangre inocente, hasta de bolivianos indefensos y que han encontrado en su carrera, y con otros crímenes que deshonran la naturaleza. También me permito atestiguar que ningún ciudadano se les ha adherido en su empresa, y que más bien han combatido o huído sin distinción de opinión política como de un enemigo común salido de las llanuras para robar y matar las poblaciones”. Además, el cónsul aconsejaba que si esos bandidos penetraban en el territorio de Bolivia fuesen desarmados y se les secuestrasen los valores robados. Varela proponía “en todas partes y aún en comunicaciones que dirigía a las autoridades de Antofagasta y Atacama, que venía de acuerdo y por auxilio prestado por el gobierno de Bolivia”. Se trataba de imputaciones no oficiales. El cónsul había declarado la neutralidad de su país.

Los vecinos de la ciudad de Sucre se dirigieron al gobierno de Bolivia, el 25 de noviembre de 1867, para referirse a los hechos “del caudillo Varela”. Empezaron por decir: “Cuando la historia consigne estos hechos, se creerá que son fabulosos o que las sociedades modernas, pisando todos los monumentos de la civilización, han retrocedido a los tiempos de Atila”. El recuerdo de la expedición de Varela, desde Catamarca hasta la frontera de Bolivia, “será imperecedero, pues el trayecto que ha recorrido es-

tá marcado por una inmensa huella de sangre. A cada paso un hecho de increíble atrocidad revela la marcha devastadora de una horda de verdaderos bárbaros de la antigüedad o salvajes de nuestras regiones donde la luz del Evangelio aún no ha podido penetrar." Las poblaciones de Catamarca, Rioja, Salta y Jujuy habían sido el teatro donde Varela y su gente habían ejecutado "las escenas más espantosas de cruel carnicería y de inaudito pillaje o saqueo". En la ciudad boliviana de Tupiza, Varela y sus hombres habían hecho una especie de feria "donde se han vendido a vil precio los objetos más estimables adquiridos tan inicuaamente". La parte decente de Tupiza se había retraído "de tomar parte alguna en la adquisición de la más insignificante especie." Los hombres de Varela habían llevado a Tupiza, violentamente, a "una joven desgraciada monja arrebatada de un convento de Catamarca." Estos hombres no podían gozar de derecho alguno de asilo. No eran políticos que cruzaban la frontera con "las manos puras y limpias de todo delito común." La permanencia de esos hombres en Bolivia "es de un gran peligro para la propiedad y la fortuna de esta parte de la república." Los vecinos pedían al gobierno que "proteja la fortuna particular y dé seguridad a las vías públicas." La presencia de esos hombres no debía ser permitida.

El gobernador de Salta, Sixto Ovejero, informó al de Tucumán, coronel Octavio Luna, que había resistido a las fuerzas de Varela con sólo doscientos cincuenta hombres. Había levantado barricadas. Tenía pocas municiones y seis piezas de artillería al mando del general Nicanor Flores. Varela contaba con setecientos "bandidos degolladores". Fueron rechazados, pero el día diez, a las siete de la mañana, "regresaron todas las hordas de bandidos y a los pocos momentos comenzó el ataque." Los salteños resistieron hasta la una de la tarde, en que se agotaron las municiones. Así, los hombres de Varela se apoderaron de una barricada y enseguida de la plaza. Perdieron casi todo el regimiento de Laguneros. Según Ovejero, apenas estuvieron una hora en la ciudad. Otros testimonios hablan de dos horas. Huyeron cuando se aproximaron las fuerzas del general Navarro. "Aquella fatal hora ha sido suficiente para derramar el espanto por las degollaciones, asesinatos y saqueos que han cometido." El general Flo-

res, boliviano, "ajeno a la política argentina, se puso al servicio de Salta y sostuvo la defensa hasta último momento." Mereció la gratitud de la ciudad. Rafael Pividal transcribió algunas declaraciones de un folleto que publicó el cónsul argentino en Sucre y cerró su folleto con estas palabras: "Varela no ha sido siquiera ni el representante del principio federal como lo entendía Rosas; no ha tenido más ambición que el robo y el saqueo, no ha levantado más banderas que la del pillaje. Si se hubiera asilado en Bolivia, ocultando sus crímenes en un silencioso retiro, yo no habría dicho una palabra; hubiera respetado el remordimiento del criminal, pero ante la imprudencia y el cinismo con que quería engañar a los pueblos americanos no he podido, no he debido callar. Todo hombre honrado tiene el deber de señalar con el dedo a los bandidos y dar la voz de alarma a la sociedad que por un error los abraja en su seno."

El folleto a que se refería el señor Pividal es un *Sumario instruido por el gobierno de Salta sobre las atrocidades cometidas por Felipe Varela y sus cómplices*, publicado en Sucre, el 14 de enero de 1868, en la Tipografía del Progreso. Su autor es el cónsul general de la Argentina en esa ciudad, Angel Costas. Ese sumario fue remitido al gobierno de Bolivia con una reclamación. Fue hecho en veinticuatro horas con declaraciones de argentinos y extranjeros que presenciaron los saqueos y asesinatos cometidos por "el feroz bandido Felipe Varela y sus hordas abortadas del infierno para azote de la humanidad."

El primero en declarar fue el boliviano Pablo Subieta, el 18 de noviembre de 1867. Era abogado de veinticuatro años. El 9 de octubre "presenció" como entró Varela en la ciudad de Salta y se apoderó de ella al día siguiente. Fueron saqueadas las casas de comercio de Juan G. Leguisamón, de Gualberto Torena y de Gil Lema "y muchas otras tiendas y casas particulares." No lo vio, pero lo supo por su notoriedad, que también fueron saqueadas las tiendas de comercio de Francisco García, español, José Ovejero, Calixto Linares, Eugenio Figueroa, Elías Corrales, boliviano, Dolores Ceballos, Justiniano Maldonado, Isidoro López y otras casas y tiendas, "poniendo el fusil al pecho a las personas a quienes les saqueaban,

así como a don Benjamín Valdés, a quien le saquearon la tienda y le sacaron dos mil seiscientos pesos más en efectivo, amenazándolo de muerte, como que ya le habían perpetrado algunas heridas”, “Vio muchos cadáveres que presentaban señales de muerte atroz, que fueron muertos durante el saqueo y entre ellos el joven Natal Castro, que fue asesinado dentro de la casa del señor Maldonado.” En los Valles de la provincia “saquearon todas las casas y haciendas, cuyos efectos los ha visto él, como son caballos, efectos de diferentes especies”. Sabía de público y notorio “que donde han puesto el pie han ejecutado asesinatos, ora llevando la muerte y el exterminio o ya exigiendo a las personas por medio del tormento entrega de dinero o especies o violando las mujeres que encontraban a la mano o mujeres escondidas.” Han profanado los templos. En la iglesia de San Francisco “dieron de hachazos a un viejo italiano cuyo nombre ignora.”

El catamarqueño José Terán, de veinticinco años, comerciante. Recordó que el mismo Varela hizo abrir a balazos la casa del doctor don Isidoro López y la hizo saquear. Agregó otros nombres de dueños de casa saqueadas “poniendo el cuchillo a la garganta o el fusil al pecho, así a hombres como a mujeres, exigiéndoles plata o que confesaran dónde la había”. El mismo Varela amenazó al declarante “con hacerlo degollar si no confesaba dónde estaban los hombres que tenían plata, dónde había caballos, municiones y demás, imponiéndole al declarante que diese a los soldados cuanto pidieron; que del Cabillo sacaron también todo el vestuario nuevo que había, que durante el saqueo asesinaron a varios ciudadanos, de cuyos nombres sólo recuerda el del joven Natal Castro, de edad de quince a dieciséis años que lo mataron en los altos de la casa de don Faustino Maldonado”. Confirmó que profanaron la iglesia de San Francisco y que al pie del altar asesinaron al viejo italiano, Juan Motta, hombre pacífico e indefenso, “que también dieron de cintarazos a los padres franciscanos y al mismo provisor, llevándolos presos al campamento de Varela”. En los Valles de la provincia “saquearon completamente las haciendas y casas”. Violaron mujeres y degollaron algunos individuos. El francés Simón Sicuri, de cuarenta y seis años, comerciante, casado, confirmó los nombres y los saqueos que conocemos por las declaraciones anteriores. Los ha-

bía presenciado. Nunca había visto ni oído otro vandala-je igual al de Varela. El chileno Víctor Morales, comerciante, de cincuenta y dos años, casado, vio los saqueos y muertes que conocemos y salvó de ser asesinado al viejo general Rudecindo Alvarado "mediante una cantidad de dinero, un caballo y algunas otras especies que les dio." En los valles los hombres de Varela saquearon y degollaron, "ya por gana de degollar únicamente; ya por arrancarles plata, y ya por hacer que denuncien dónde la había y que han hecho otro tanto en todo su tránsito, de aquí para Jujuy, que es todo lo que puede recordar en el momento sobre los hechos malditos de aquellos bandidos." El italiano Francisco Cesarini, relojero, de cuarenta y ocho años, declaró que cuando asaltaron su casa, puso su bandera, abrió la puerta y pidió respeto. Uno de los jefes le dijo: "Hablabremos más tarde, porque ustedes, los extranjeros, han hecho las trincheras y la pólvora para los de la plaza." Dijo que su casa era el vice consulado italiano y debió su salvación, después de saqueada su casa, a que don Miguel Seballos se fingió médico italiano, hizo recoger en ella a algunos heridos de Varela y se pusieron a curarlos con el doctor Oliva, "haciendo de cirujano el exponente." Presenció el saqueo de muchas casas de comercio y supo que junto al altar mayor hachearon al viejo su paisano Juan Matta. Otro italiano, Pedro Taraboto, de treinta y tres años, soltero, comerciante, habló como los anteriores y agregó que no había quedado "en la ciudad una sola persona que no hubiera sufrido alguna pérdida, sea de caballos, de dinero o especies, que mientras saqueaban, degollaban también y lanceaban y fusilaban a las personas que querían matar y sacaban plata poniéndoles el cuchillo al pescuezo o el fusil al pecho". El italiano Motta había recibido dos hachazos en la cabeza y dos en los brazos. Las señoras refugiadas en la Iglesia fueron cintareadas. Varela hizo regresar en libertad a los padres franciscanos que llevaron a su campamento. No había crímenes iguales ni entre los beduinos, donde había estado el declarante.

El 20 de noviembre declaró el prusiano Francisco Host. Era minero, casado, de treinta y siete años. Recordó cómo, dos meses antes, en los valles, la gente de Varela cometió "los excesos más inauditos, saqueando las casas y las chozas de los infelices indios hasta dejarlas com-

pletamente vacías, degollando hombres indefensos a sangre fría, como sucedió con el capataz de una tía de su señora, llamado Dámaso Rodríguez, en Animará, a quien degollaron porque no confesaba dónde había el tapado de plata de los patrones que por supuesto no lo había, a otro capataz de doña Felicidad Gómez, llamado Liborio Ochoa, que degollaron por lo mismo en el lugar del Carmen, y otros, así por este tenor, según lo sé de positivo y es notorio, habiéndose traído de ahí una cantidad considerable de hacienda caballar y vacuna que mandaron a Antofagasta, y todos los vestidos particulares, de hombres y señoras, con alhajas, relojes, plata labrada y toda la sellada que pudieron pillar de las que varias especies, especialmente en caballos, fueron reconocidos aquí por los prófugos de los Valles que pudieron escapar a su ferocidad, habiéndose también ejecutado allí violaciones de mujeres; que presencié la entrada a viva fuerza de aquellos forajidos en esta ciudad el diez de octubre último y fue espectador de los saqueos, tanto de las tiendas de comercio como de casas particulares." El testigo enumeró una larga serie de casas y tiendas, con los nombres de sus propietarios, "No ha habido uno que no haya sufrido porque también intimidaban a hombres y señoras y les ponían el fusil al pecho o el cuchillo a la garganta para que se les diera el dinero que pedían." El testigo encontró "una porción de hombres degollados, lanceados y fusilados durante el saqueo." En la iglesia entraron a caballo, etc. etc.

Un español, Francisco Mendioroz, profesor de farmacia, mayor de edad, refirió cómo los saqueadores vaciaron las chozas de los infelices indios de los valles y mandaban a Antofagasta los caballos, ganados, burros, ovejas, cabras, vestidos, alhajas y plata labrada y sellada, licores, efectos ultramarinos y de cuanto podían encontrar. Violaron varias mujeres y degollaron algunas personas inofensivas. En la ciudad saquearon casas y tiendas, que enumeró. El declarante tuvo que dar a los bandidos el reloj y la cadena de oro y los pesos que tenía para salvar la vida. También sacaron otro reloj con cadena de oro al señor Sansetenea. "Todo lo que saquearon se lo llevaron en su fuga en carros y cabalgaduras, con más de seis cañones de la plaza, municiones, fusiles, vestuarios de tropa y todos los caballos que saquearon de las casas." Confirmó lo dicho por otros testigos. Vino luego el testigo Miguel Fle-

ming, inglés, boticario, casado, mayor de edad. Contó que los defensores de la ciudad tuvieron que abandonar sus puestos por haberseles concluido las municiones, y que los bandidos saquearon las casas y tiendas de la ciudad, cometiendo mil excesos "A pesar de su bandera inglesa", entraron en su casa y la robaron. Repite, con diversas palabras, lo dicho por otros testigos. El boliviano Mariano Matienzo, abogado, soltero, confirmó todo lo que sabemos el veintiuno de noviembre con lujo de detalles. Recordó que los bandidos decían que por la noche entraron a los monasterios, colegios, palacio episcopal y todos los lugares donde sabían se hallaban escondidas mujeres y tesoros." El italiano Guillermo Morales, comerciante casado, mayor de edad, recordó cómo los hombres de Varela entraban en las casas "abriéndolas unas a balazos y las otras haciéndolas abrir con amenazas de muerte." Confirmó todo lo dicho por los testigos anteriores. Lo mismo hizo el boliviano Benjamín Dávalos, profesor de ciencia en el colegio nacional, casado, mayor de edad. Especificó que los hombres de Varela robaron en la ciudad "durante dos horas" y cometieron toda clase de robos. Uno de los cañones robados fue abandonado en Banqueros o Banquero, etc. etc. El veinticinco de noviembre prestó su declaración el profesor boliviano, Francisco Forcada, mayor de edad, casado, inspector general de escuelas, y el español Ramón Soto, de ochenta y dos años, propietario. Dieron declaraciones extensas, iguales, en sus pormenores, a las de los testigos conocidos. Es indudable que lo relatado es exacto y que Felipe Varela y sus hombres robaron todo lo que pudieron, mataron algunas personas, a tiros y degüello, y violaron a no pocas mujeres. La ciudad de Salta quedó horrorizada.

La historia de Felipe Varela es la de un coronel que se levanta contra el gobierno de su patria, toma partido por el Paraguay, que combatía contra la Argentina, incita a Bolivia a declarar la guerra al país donde había nacido y penetra en él, desde Chile, con bandas de "rotos" chilenos que asesinan y depredan en las ciudades argentinas por donde pasan. Todo esto es una serie de hechos concretos que no pueden discutirse. Fue combatido y perseguido en una cadena de batallas que le significaron otras tantas derrotas o fugas. El recuerdo de sus asaltos quedó largos años en el Norte de la Argentina. Su defensa es

simplemente imposible. Convertido en traidor puro, de acuerdo con las normas jurídicas de cualquier país del mundo, aun de los más incivilizados, encontró, sin embargo, en tiempos del primer y segundo peronismo, políticos aduladores de los sistemas personales y arbitrarios que intentaron justificarlo. Antes de esas épocas, no faltaron en algunas ciudades nortenas de la Argentina estudiosos que lo presentaron como un idealista. Hombres con un patriotismo localista, que ignoraban, por ejemplo, las publicaciones que hemos mencionado y glosado y otros documentos complementarios, se sintieron arrastrados por sentimientos románticos y, también, por el espíritu antiporteño que, desde hace más de un siglo y medio, existía y existe en la mayoría de las provincias argentinas.

Este espíritu provinciano contrario a Buenos Aires es lo que nos va a dar una explicación de la rebeldía de Felipe Varela. No vamos a detenernos en el carácter de este sentimiento político ni a explicar sus orígenes porque lo hemos hecho extensamente en otras páginas. Era el odio de las provincias pobres a la opulenta Buenos Aires, dueña del puerto y de la aduana, que se quedaba con todas las rentas y no repartía absolutamente nada entre las provincias a veces famélicas. El federalismo era la causa de estos hechos. Felipe Varela, en el folleto que dio a luz en Potosí, el primero de enero de 1868, nos lo dice con palabras claras y precisas. Ellas nos ilustran más sobre la historia interna de nuestra patria que muchas disertaciones oscuras y llenas de errores de historiadores bien conocidos. Al mismo tiempo nos dan la razón en las demostraciones que hemos hechos en diversos libros nuestros. Otro Varela, Florencio, muy diferente a este Felipe, y Alberdi, dijeron lo mismo, en artículos y libros que los defensores de Rosas se cuidan muy bien de analizar. Es así como Felipe Varela, en su folleto recordado, refiere "el monopolio y la absorción de las rentas nacionales por Buenos Aires." Y agrega, con hechos que no es posible negar ni discutir: "En efecto: la Nación Argentina goza de una renta de diez millones de duros, que producen las provincias con el sudor de su frente. Y, sin embargo, desde la época en que el gobierno libre se organizó en el país, Buenos Aires, a título de capital, es la provincia única que ha gozado del enorme producto del país entero, mientras

en los demás pueblos, pobres y arruinados, se hacía imposible el buen juicio de las administraciones provinciales por la falta de recursos y por la pequeñez de sus entradas municipales para subvenir los gastos indispensables de su gobierno local." Viene, ahora, el párrafo refutado por Pividal con el argumento de que los gastos suntuarios se hacían con dinero de la provincia y no de la nación. Dice Varela: "A la vez que los pueblos gemían en esta miseria, sin poder dar un paso por la vía del progreso, a causa de su propia escasez, la orgullosa Buenos Aires botaba ingentes sumas en embellecer sus paseos públicos, en construir teatros, en erigir estatuas y en elementos de puro lujo." Todo esto es exacto y las provincias no lo olvidaban. "De modo que las provincias —continúa Varela— eran desgraciados países sirvientes, pueblos tributarios de Buenos Aires, que perdían la nacionalidad de sus derechos, cuando se trataba del tesoro nacional".

Ahora Varela nos dice lo que explicó Alberdi y hemos confirmado nosotros: "En esta verdad está el origen de la guerra de cincuenta años en que las provincias han estado en lucha abierta con Buenos Aires, dando por resultado esta contienda la preponderancia despótica del porteño sobre el provinciano hasta el punto de tratarlo como a un ser de escala inferior y de más limitados derechos".

La exposición de Varela, escrita por él o por otra pluma, es la de un provinciano que tiene razón en una gran parte y que muestra la historia como fue, guste o no guste a los porteños. "Buenos Aires es la metrópoli de la República Argentina, como España lo fue de la América. Ser partidario de Buenos Aires es ser ciudadano amante de su patria, pero ser amigo de la libertad de las provincias y de que entren en el goce de sus derechos, ¡oh! eso es ser traidor a la patria y es por consiguiente un delito que pone a los ciudadanos fuera de la ley. He aquí, pues, los tiempos del coloniaje existentes en miniatura en la República y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 67, entre el pueblo de Buenos Aires (España) y las provincias del Plata (Colonias americanas)."

Varela relata cómo en 1859, Buenos Aires fue vencida por las provincias y cómo ellas le concedieron por cinco años las entradas nacionales mientras creaba otras entra-

das locales para llenar su presupuesto. El entonces joven general paraguayo Francisco Solano López logró este acuerdo. Pero en noviembre de 1864, al terminar el acuerdo, Mitre "revolucionó a la provincia de Buenos Aires contra las demás provincias argentinas cuyos dos poderes se batieron en Pavón."

Es así cómo Varela, después de exponer unas realidades que no pueden negarse, entra a atacar a Mitre y a presentarlo como culpable de los hechos referentes a Pavón y lo que ocurrió después. Si Varela hubiese conocido en su integridad el archivo Mitre y penetrado en los secretos de aquella política habría sabido lo que dimos a conocer en otros estudios: los esfuerzos de Mitre para evitar un encuentro armado con Urquiza y la presión que, tanto en Buenos Aires como en las provincias, hicieron los políticos, periodistas e intrigantes que ansiaban una guerra para dominar definitivamente a las provincias o despedazar de una vez a Buenos Aires. La guerra que condujo a Pavón no fue deseada por Mitre, que trató de evitarla hasta último momento, sino por el país entero, con distintos fines, que la buscó desesperadamente. Todo esto no puede demostrarse en cuatro líneas. Necesita muchas páginas con transcripciones de documentos, que hemos hecho en otros lugares. Varela lo ignoró, como era natural que lo desconociese en aquel entonces. Creyó que Mitre era el único culpable de hechos históricos producidos por las voluntades de innumerables personas, y lo odió como a un ser nefasto. Más aún: inventó la tesis —una teoría más para explicar los orígenes de la guerra contra el Paraguay— que presenta a Mitre como autor de esa guerra para quitar a las provincias un posible aliado, el Paraguay, en contra de Buenos Aires. La refutación de Pividal es perfecta y hoy nadie la ignora, salvo algún maniático o ignorante que sostiene otras cosas, a veces risibles y a veces despreciables. Varela presentó al Paraguay como aliado de todas las provincias argentinas en su lucha contra Buenos Aires. Los historiadores paraguayos sabrán qué alianzas, visibles o invisibles, existieron entre el mariscal López y las provincias argentinas. Hombres de estudios serenos, serios y profundos, nos dirán enseguida que ningún documento puede probar la exactitud de lo sostenido por Varela. Estamos estudiando a Varela como historia-

dor, cosa que no ha hecho ninguno de sus fanáticos panegiristas. Las provincias estaban empeñadas en una deuda de más de cien millones que se habían gastado en la guerra contra el Paraguay. Esto indignaba a Varela. Lo que Varela parecía no tener en cuenta era el federalismo, tan decantado por él, que hacía responsables a las provincias de sus propios recursos para vivir hasta el instante que se creó un Congreso y se aprobó una Constitución. Si la falta de una Constitución y de un Congreso existió desde el 1810 hasta el 1852-53 fue por culpa de todos los federales rosistas, no de los federales constitucionales y unitarios. Los hombres que tanto en Buenos Aires como en las provincias daban vivas a la Santa Federación eran los culpables de la desorganización nacional, de la pobreza de las provincias y del exclusivismo porteño. Es a ellos y no a Mitre, que quiso federalizar nada menos que a la provincia de Buenos Aires, como había propuesto Rivadavia, que hay que castigar con la justicia de la historia. Mitre fue el fundador y el jefe del Partido Nacionalista, opuesto al Partido Autonomista que defendía el aislamiento de Buenos Aires y se oponía a que Buenos Aires fuese capital federal de la república. Todo esto era muy anterior al 1880, en que Buenos Aires, por fin, fue federalizada. Por ello el pobre Varela decía lo que decía, con su pasión, su odio y su ignorancia. En cuanto al conflicto con Paraguay, equivocó también las razones que explicaban la oposición de las provincias a esa guerra. Creyó que eran debidas a la simpatía de las provincias por la nación hermana. La verdad es que en las provincias argentinas eran muy pocos los hombres —de las mujeres, ninguna— que sabían dónde quedaba el Paraguay ni quién lo mandaba. Si se negaban a formar parte de los ejércitos que debían marchar a esa guerra, no era por amor al Paraguay, sino por odio a Buenos Aires. Nada que se refiriese a esta ciudad, que conocían muy bien, como única que se quedaba con la riqueza del país, les interesaba ni agradaba, salvo su destrucción. Es por estas razones que Varela, inconscientemente o por ignorancia, habla como un desconocedor de la realidad política provinciana y un verdadero traidor a su patria. Dice: “Es por estas incontestables razones que los argentinos de corazón y sobre todo los que no somos hijos de la capital, hemos estado siempre del lado del Paraguay en la guerra que, por debilitar-

nos, por desarmarnos, por arruinarnos, le ha llevado Mitre a fuerza de intrigas y de infamias, contra la voluntad de toda la nación entera, a excepción de la egoísta Buenos Aires. Es por esto mismo que es uno de nuestros propósitos manifestado en la invitación citada, la paz y la amistad con el Paraguay.”

Varela, en su manifiesto de Potosí, enumeró las atrocidades cometidas por el coronel Arredondo, enviado por Mitre, en La Rioja. Allí, Arredondo plantó la horca frente a la iglesia matriz y ahorcó a “catorce infelices cuyos cadáveres fueron arrastrados desde la misma plaza hasta el panteón.” Arredondo también arrasó con las llamas, según Varela, los pueblos de Machigasta, Mezán y Guandecol. En 1863, La Rioja fue saqueada por el general Manuel Antonio Taboada. Desde esa fecha hasta 1867, los pueblos de Famatina, Chilécito, Vinchina, Hornillos, Vichigaste y Guandecol fueron degollados y ahorcados. El teniente coronel Julio Campos hizo lancear seiscientos soldados que se habían sublevado y no querían marchar a la guerra contra el Paraguay. Diarios de Chile hablaban de sesenta mil víctimas en los seis años de la administración de Mitre. Todo esto es lo que escribe Varela. La historia, algún día, tal vez, encuentre documentos que lo prueben. Hasta el presente no han sido hallados.

Varela hizo también la historia de sus expediciones y de sus ideas políticas. Estas últimas están contenidas en su programa lanzado desde las cumbres de los Andes, como él decía, el 9 de diciembre de 1866: “¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas.” El Paraguay estaba en guerra con la Argentina. Las demás repúblicas tenían problemas que no afectaban ni interesaban a la Argentina. Su gran aventura empezó así:

El 9 de diciembre de 1866, Varela cruzó desde Chile la frontera argentina con cuarenta hombres. De ellos, quince eran chilenos. En el punto llamado Nacimientos, en el departamento de Guandecol, se encontró con cuatrocientos soldados mandados por el coronel José María Linares, que había salido a impedirle el paso a los pueblos argentinos. Linares fue vencido por Varela el 2 de enero de

1867. Las fuerzas de Varela, aunque él no lo diga, debían ser bastante superiores a los cuarenta hombres que cruzaron la frontera. Después de ese combate entró en Jáchal con cincuenta. El sargento mayor Arístides Coria, que lo ocupaba, fue corrido a balazos. Con los cuarenta hombres que se le incorporaron se fue a Hornillos. En Mendoza se había sublevado a su favor el general Juan de Dios Videla. El 2 de febrero despachó al sargento mayor Estanislao Medina, chileno, con una vanguardia de doscientos hombres, "la mayor parte chilenos", con orden de ocupar La Rioja. Ese mismo día el doctor chileno Ricardo González, preso, hizo pronunciar la tropa y el gobernador Guillermo San Román, el coronel Pablo Irazábal "y todo el círculo mitrista" fueron corridos a balazos. En Famatina se levantó a favor de Varela el comandante Esteban Cabrera. La Rioja sublevada y mandada por Varela se vio atacada por tres partes: por fuerzas de Santiago del Estero, de Tucumán y de Catamarca. Seiscientos hombres del coronel Melitón González avanzaban por un flanco mientras las otras fuerzas lo hacían por el frente. El 4 de marzo de 1867, el sargento mayor Medina tomó la plaza de Tinogasta. Estanislao Medina hizo cuatrocientos treinta prisioneros. El defensor, Melitón Córdoba, murió de un balazo en la cabeza. El ejército de Varela ya tenía doscientos infantes y trescientos hombres de caballería. En Chilecito este número había aumentado a seiscientos cincuenta infantes y mil doscientos hombres de caballería. También tenía dos piezas de artillería volante. Unas leguas antes de llegar a La Rioja, es una estancia llamada Las Mesillas, había un pozo donde Varela pensaba refrescar a la tropa antes de lanzarla al combate. Varela encomendó a uno de sus segundos, un coronel de la nación cuyo nombre ni quiso revelar, que hiciese proveer de agua las represas. El 10 de abril llegó a las Mesillas "y fue terrible mi sorpresa al no hallar en las represas una gota de agua para mi gente ni para las caballadas, cuando ya todos venían acosados por la sed". Varela no podía contramarchar frente al enemigo y exponerse a ser tomado entre dos fuegos. A la una de la tarde, con un calor espantoso, presentó batalla. El enemigo estaba parapetado tras de cercos y con un terreno sumamente fragoso. La caballería de Varela no podía obrar sobre la infantería de sus contrarios. Tres soldados chilenos, sofocados por el calor, el polvo y el cansancio, murieron antes del combate.

Los disparos de los cañones de Varela hicieron huir a la caballería enemiga. La caballería de Varela salió en su persecución, pero cuando su infantería necesitó protección sólo había un pequeño regimiento de reserva que no podía obrar por los inconvenientes del terreno. El convoy del general Taboada fue sacado por los hombres de Varela del centro mismo de su infantería. Al anochecer, las fuerzas de Varela y las de Taboada tocaron reunión. Empezó un fuerte aguacero. Varela retrocedió con ochocientos hombres al campo de las Mesillas para dar un combate al día siguiente. Algunos jefes de Varela huyeron a Chile y dijeron a los soldados que Taboada los perseguía. Al amanecer del día siguiente, Varela sólo contaba con ciento ochenta hombres, unos sin armas, otros con armas inutilizadas. Sin embargo, Varela envió algunos jefes a reunir los dispersos en Jáchal. "Tal fue el desenlace —dice Varela— de la batalla del Pozo de Vargas, en La Rioja, el diez de abril de 1867, que costó a los beligerantes setecientos muertos." Otros detalles, referentes a esta batalla y a la zamba que dio el triunfo a Taboada, los referimos en el estudio que dedicamos a los Taboada.

Varela emprendió la retirada el día once de abril. Marchó tres días, con la gente enferma, herida y muerta de hambre. Lo perseguía una columna de trescientos cincuenta infantes de Taboada que no se atrevió a cargarlo. Cuatro días después de haber llegado a un punto llamado Aguango supo que el general Juan Saa había sido derrotado en Río Quinto y se iba a Chile con seiscientos hombres. El gobernador de San Juan, coronel Bernardo Molina, había abandonado su puesto y huido a Chile. La gente de Taboada había puesto en armas a Jáchal y fusilado al gobernador Molina y al coronel José María Belomo, jefe de policía de San Juan. Varela, con cincuenta hombres, marchó sobre Jáchal y la tomó el 21 de abril. Allí quiso recuperar mil quinientos ochenta cóndores de oro que le habían remitido desde Chile "para socorro de mis soldados", pero las onzas se habían evaporado. ¿Quién lo ayudaba desde Chile para combatir a la Argentina? Por ahora es difícil saberlo. Varela siguió hacia San Juan, pero se detuvo un mes para reorganizar su ejército con los dispersos de Pozo de Vargas. El coronel Charra, de las fuerzas de Paunero, le salió al encuentro con seiscientos soldados de línea, cuatrocientos infantes y doscientos de a ca-

ballo. Entonces se retiró a Hornillos, con quinientos hombres organizados. El 5 y 6 de junio tuvo dos combates con el enemigo, al cual hizo ciento veinte muertos, en un lugar llamado las Bateas. En la quebrada de Miranda, Varela se encontró con el coronel José María Linares, que lo esperaba con quinientos y pico de hombres. El 16 de junio, Linares fue derrotado y, a los cuatro días, el mismo Linares fue capturado. Varela le hizo un proceso, que se publicó en Chile, y el 24 de junio lo fusiló en la plaza de Famatina. Once días estuvo Varela en la ciudad de La Rioja. El general Taboada lo perseguía con un ejército de dos mil hombres. En la quebrada de La Rioja tuvo un encuentro con Taboada. Varela se vio acosado por las fuerzas de Taboada, de Arredondo y de Navarro. Así se fue hacia Salta, donde el general Aniceto Latorre debía mover la provincia a su favor. La travesía fue durísima, por la escasez de pasto y los hielos. Doce soldados murieron helados. Las haciendas y caballadas sucumbieron de frío. En la frontera boliviana, estuvo trece días esperando socorros que había pedido a Chile. Comían carne de asnos y mulas. Desesperado, marchó sobre Salta. En los Molinos lo aguardaba una columna enemiga de setecientos hombres mandada por el coronel José Frías. Varela envió contra él al coronel Sebastián Elizondo con doscientos cincuenta hombres que obtuvieron un gran triunfo. La desesperación fue el mayor aliciente. En la cuesta de las Cuevas, Varela derrotó a quinientos hombres que mandaba el coronel Francisco Zenteño, el 5 de octubre de 1867. En Salta, sus pobladores levantaron barricadas. Varela puso sitio a la ciudad el 9 de octubre. "Allí permanecí todo el día, esperando que los del pueblo saliesen a atacarme afuera, a fin de evitar a los vecinos los desastres consiguientes." El día 10, Varela intimó al gobernador Sixto Obejero que se rindiese en el término de dos horas. Si no lo hiciere, sería responsable de la sangre que se derramase en los momentos del combate. El general boliviano Nicanor Flores aseguró al gobernador que respondía con su vida de la derrota de Varela. Obejero contestó a Varela que si tenía soldados, también los tenía él y cañones para defenderse. A las dos horas de un vivísimo fuego, Varela entró a la ciudad. Varela cuenta en su memoria que estuvo una hora en la ciudad porque lo perseguía el general Navarro con dos mil quinientos hombres. Nada dice del saqueo. Comprobó que le faltaban unos cincuenta homi-

bres, vio cómo el general Navarro no se atrevió a atacarlo y que él, con unos cuatrocientos o quinientos soldados, se fue retirando. “Verdad —confiesa— es que yo tomé algunos pertrechos de guerra a los enemigos en Salta, pero todos ellos se reducían a las seis piezas de artillería con que se defendieron en la plaza los setecientos hombres que la guarnecían, algunos carros de municiones para esta arma y unos pocos vestuarios para la tropa.”

Varela se dirigió a la ciudad de Jujuy en busca de pólvora para continuar la guerra. El 13 de octubre, el gobernador de Jujuy, Cosme Belaunde, tras unos tiros, huyó frente a Varela. Este entró en la ciudad con su ejército en orden. Buscó pólvora y no la encontró. Estuvo dos días en La Tablada. Lentamente, seguido por la columna de Navarro, que parecía no atreverse a atacarlo, Varela tardó veintiocho días en llegar a Yavi. Dos días estuvo en esta población con la columna de Navarro a poca distancia. No la atacó por la falta absoluta de municiones. En Humahuaca tampoco encontró pólvora. Tenía fabricados los cartuchos con sus balas. Sin esperanzas, Varela escribió el cinco de noviembre al subprefecto de Tupiza que entraría en el territorio boliviano como asilado y prometiendo observar todas las prescripciones del derecho internacional. El mismo día entregó las armas de sus hombres en el vicecantón de Sococha. Al otro día, por orden de las autoridades bolivianas, las llevó al pueblo de Morava. De allí Varela pasó a Suipacha. El jefe boliviano José María Valda informó a sus superiores “que el general Varela ha sido sumiso y ciegamente obediente a cuanto se le ha ordenado”.

En su memoria de Potosí, Varela transcribió estos documentos y volvió a repetir que los fines de la lucha que había mantenido durante un año “para recuperarnos las rentas de la nación confiscadas, centralizadas, en Buenos Aires, como ya lo dejo demostrado de un modo ostensible en este manifiesto.” Sereno, terminó por decir “Ahora pido a la generosidad de los pueblos americanos la severidad de su fallo sobre todos mis procedimientos. Con conciencia tranquila lo aguardo, porque jamás he obrado de mala fe, ni pesa en mi conciencia una sola razón, ni liviana, de que pueda yo arrepentirme. Muy lejos de eso, siempre que la suerte quiera ayudarme, siempre que el

cielo quiera protegerme, combatiré hasta derramar mi última gota de sangre por mi bandera y los principios que ella ha simbolizado, no arredrándome en manera alguna las detracciones de mis enemigos porque el mundo republicano me hará siempre justicia." En una nota, agregó que para no ser demasiado extenso omitía la inserción de los partes de batalla del Pozo de Vargas, toma de Jáchal, Ciénaga Redonda, Quebrada de Miranda, Cuesta de la Rioja, Molinos, Cachi y Salta.

La historia de Felipe Varela en la Argentina había terminado. El hombre que deshizo su ejército en Pozo de Vargas fue Antonio Taboada. Una zamba decidió un trozo de nuestro destino.

Las Horas finales de la insurrección de Felipe Varela las revivió el doctor Ernesto J. Fitte en un erudito y concluyente estudio publicado por la Academia Nacional de la Historia (*Investigaciones y ensayos*, 17. Buenos Aires, Julio - diciembre de 1974, páginas 115-139). Así nos cuenta que el sumario de las atrocidades cometidas por las tropas de Varela en los valles, en Salta y Jujuy, difundido en Bolivia por el cónsul argentino Angel Costas, fue replicado por Varela el 4 de febrero de 1868 en una hoja, a tres columnas, impresa de ambos lados, que lleva este título: *¡Viva la Unión Americana! Refutación al libelo infamatorio publicado en esta ciudad por el cónsul argentino D. Ángel Costas, el 14 de enero de 1868.*

En este artículo, Varela vuelve a acusar al "traidor Mitre" y al gobierno argentino que protegieron al otro traidor, general Flores, e invadieron el Paraguay. Alega que las declaraciones de la información no son de argentinos y de perjudicados, fueron hechas para calumniarlo. Además, "ningún jefe militar, señor cónsul, es responsable de los desórdenes parciales que puedan cometer —en los momentos del combate mucho menos—, algunos soldados desbandados o dispersos." Sólo los perpetradores podrían ser responsables ante la justicia ordinaria. "El hecho consumado aisladamente no hace extensiva la responsabilidad al jefe de una revolución." Los robos habían sido hechos por "la chusma de la población". Mucho de lo robado apareció en poder de los cholos de Jujuy. No era cierto que hubiese habido "ferias de mercaderías roba-

das", como podían atestiguarlo las autoridades bolivianas, empezando por el coronel José María Valda, ex subprefecto de Tupiza. Sólo había pasado la frontera con sesenta animales vacunos. Eran fantasías lo de los ganados y caballadas robadas, alhajas y suntuosos equipajes. Estaba aislado y sin recursos. Había tenido siempre una misma bandera: "la misma que ostentaron orgullosos e invencibles los soldados de Caseros que derribaron el poder del tirano Juan Manuel de Rosas". En su proclama del 6 de diciembre de 1866 estaban consignados los motivos que lo indujeron a tomar las armas y pisar de nuevo el suelo argentino. Ya los conocemos: la unión americana, la paz con el Paraguay y la destitución de Mitre: todo su ideal político.

Esta réplica de Varela es el documento más emocionante de sus escritos, el que lo muestra noble y superior. Estaba convencido de su verdad y por ello se sentía calumniado, ultrajado, por el sumario de sus hechos en Salta. No sorprenden sus palabras al cónsul Costas: "Usted ha tomado el libelo como arma para continuar ante los pueblos del Continente la obra empezada por Mitre y su prensa. Hoy no es la pobre individualidad de Varela la que usted trata de hacer pedazos, es el partido que representa, el credo que ha combatido siempre el gobierno traidor nacido de entre los escombros de la nacionalidad argentina el día desgraciado de Pavón". Los pueblos conocedores de la verdad escucharían con lástima y desprecio la difamación; pero los que vivían lejos, los que juzgaban por lo que decían los hombres que mantenía a sueldo "el círculo exclusivista de Buenos Aires", no sabrían "el verdadero móvil que tienen nuestras luchas". Varela había querido hablar con Costas, pero el cónsul no lo había recibido. ¿Había tenido miedo? ¿Había temido encontrarse con un bandido? "No lo sabemos, señor cónsul, pero usted debe persuadirse que el jefe reaccionario del norte no ha desistido aún de sus propósitos y de que el resto de su vida lo tiene consagrado al sostenimiento de la gran Unión de los pueblos americanos y a combatir a los tiranos argentinos que, cual el traidor Mitre, imperan por la fuerza sobre montones de cadáveres, alumbrados por el rojizo resplandor de los pueblos incendiados. El tiempo lo dirá más alto".

El cónsul Angel Costas no contestó directamente a Varela. El 8 de febrero de 1868 publicó una hoja impresa de un solo lado dirigida *al público*. Se limitó a reproducir una pieza aplastante: la comunicación oficial que el cónsul de Bolivia en Salta dirigió a su gobierno el 25 de noviembre. Lo hemos analizado en páginas anteriores. El cónsul expresaba que Varela no era jefe de un partido político, sino "cabeza de una cuadrilla de malhechores".

El presidente Melgarejo no desamparó a Varela. Lo dejó reunir unos doscientos hombres y con ellos penetró en el desierto de Atacama. Un joven coronel, Julio Argentino Roca, lo deshizo en el acto. Varela embarcó rumbo a Chile. Está enfermo, tísico, y pobre. Félix Luna ha hecho conocer una carta de Varela al ministro en Santiago de Chile, Félix Frías, en la cual le pidió prestados trescientos pesos por dos meses. El presbítero Ramón Rosa Olmos publicó otra carta de Varela a su mujer, que vivía en Guandacol, en la que le dice que se proponía, nada menos, que ayudar al presidente Sarmiento.

La documentación sobre Felipe Varela es rica en piezas oficiales. Era natural que el gobierno se interesase por las correrías de Varela, del Chacho, de Saa y otros montoneros o caudillos sublevados. No podemos imaginar qué habría ocurrido en el país, en guerra con el Paraguay, si hubiesen triunfado esos hombres, por separado o todos unidos. La Constitución habría desaparecido, el Congreso se habría disuelto, la guerra se habría perdido y el destino del país habría sido otro. El Chacho fue asesinado en Olta el 19 de noviembre de 1863, en momentos también difíciles para el país. Juan Saa tuvo oportunidades diversas para volver a la escena. Varela fue el que, en un instante, más inquietó. Fue una suerte para la Argentina y para Bolivia que Varela no convenciera al presidente Mariano Melgarejo y le hiciera declarar la guerra a la Argentina como aliado del Paraguay. Melgarejo tenía una historia novelesca. Vencido por el general Belzú, se le ocurrió jugarse el todo por el todo. Con unos oficiales volvió a La Paz, entró al palacio de gobierno para entregarse a Belzú, que lo esperaba con los brazos abiertos, como una reconciliación, y, en vez de abrazarlo, le descargó unos tiros. Salió al balcón y el pueblo lo aclamó. Este presidente, que dejó en libertad a Varela de hacer lo que quisiese, no se

atrevió a declarar la guerra a la Argentina y salvó a su patria de serios conflictos.

Las ideas políticas de Varela son más conocidas que las de Saa y Vicente Peñaloza. En su pomposa proclama del Campamento en marcha, el 6 de diciembre de 1866, dijo bien claro que "Nuestro programa es la práctica estricta de nuestra Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas". Un idealista. En esos momentos, Mitre se hallaba al frente de las tropas argentinas en guerra con el Paraguay. Marcos Paz era el vicepresidente en ejercicio de la presidencia. Sus informes a Mitre no se interrumpían.

La invasión de Varela y la colaboración de otros montoneros, como Medina, Chumbita o Chumba, Elizondo, Luis Lozada, el degollador, y otros, era bien conocida. El gobernador de Salta, Sixto Ovejero, seguía los pasos de Varela por las comunicaciones que recibía de otras provincias. Saa tenía también otra pequeña corte de montoneros. Sus indicaciones eran seguidas con respeto por Varela. Por ejemplo: Varela tenía orden de Saa de no dar batalla si no estaba seguro del triunfo. Saa había pedido protección al presidente Melgarejo. El gobernador Ovejero repetía al gobierno que la provincia carecía de armas para hacer frente a la invasión de Varela que se acercaba rápidamente. El 30 de agosto de 1867, Cesáreo Niño informaba al gobernador de Tucumán que el coronel Pedro José Frías se había retirado del departamento de Molinos por temor a ser derrotado por Varela, "que lo tenía a la barba". No había habido pelea, pero la retirada había sido muy desordenada. Por fin había librado un combate con la mitad menos de las fuerzas de Varela y había sido derrotado. El gobernador Ovejero pensaba salir a la campaña, con los pocos hombres que tenía, para no ser deshecho dentro de la ciudad de Salta. Ovejero pedía ayuda a las provincias vecinas. Ninguna podía o quería hacer nada. El gobernador de Tucumán, Octavio Luna, salió con una fuerza para socorrer a Salta, el 5 de setiembre. Empleó treinta y cinco días en llegar a Salta, demasiado tarde. Guillermo Aráoz contó a nuestro dilecto amigo Francisco Centeno que Luna "perdió un precioso tiempo en la villa de Tranca, en cantar vidalitas y bailar chacareras con muchachas de ojos atrapadores".

Antonino Taboada, de Santiago del Estero, fue el más sensato de aquellos gobernadores. El 6 de setiembre supo que el 27 de agosto el caudillo Simón Luengo se había sublevado en Córdoba. En una nota al ministro de guerra y marina de la república le dijo que “era un atentado, hijo de los mismos propósitos que habían abortado la sangrienta rebelión que el ejército de mi mando venía de reprimir a esta capital.” El general Arredondo y Antonino Taboada se pusieron de acuerdo para dominar a Córdoba, pero la derrota de Luengo no hizo necesaria esa invasión. Era otro foco revolucionario, en plena guerra con el Paraguay, que minaba la Argentina y acababa de ser aplastado. Quedaba Varela que avanzaba sobre Salta. Taboada encomendó inmediatamente al general Octaviano Navarro que marchase en persecución de Varela. Este tenía más de mil hombres. El gobernador de Salta no contaba más de cuatrocientos. Marcos Paz informó a Mitre que esos hechos obligaban “a demorar el regreso de las fuerzas pertenecientes al ejército del Paraguay y tanto más cuanto que se anuncian invasiones desde Chile sobre las provincias de Cuyo y tenemos que hacer frente a todo.” Era el 14 de setiembre de 1867. Cuatro días más tarde, el vicepresidente Marcos Paz hacía saber a Mitre que se habían mandado a los gobiernos de Salta y Jujuy armamentos y municiones para vencer a Varela. El doctor Uladislao Frías había sido enviado como comisionado a las provincias del Norte con cien mil pesos bolivianos para hacer frente a los gastos que demandase la extinción de las montoneras. Marcos Paz decía a Mitre: “Usted conoce mi juicio sobre la actualidad del país. Hay en él gérmenes poderosos de desquicio, que si se desarrollan por entero no sé adónde podrían conducirnos. La debilidad e impotencia de los gobiernos en la mayor parte de las provincias es asombrosa, mientras que los malos instrumentos de las masas se rebelan a la aparición de cualquier malvado que los invite al desorden y a la revuelta. Es prudente, pues, cuando menos, aguardar a ver más claro en los sucesos de Salta y las primeras operaciones de Taboada sobre los montoneros para resolver acerca del regreso de las fuerzas pertenecientes a ese ejército. Creo que usted estará conforme con esto, por más urgente que sea la necesidad que siente usted de estas fuerzas para la realización de sus planes contra el enemigo.”

La documentación que estamos glosando y la que seguiremos exponiendo fue reunida, pacientemente, en sus largos años de investigaciones, por un estudioso de nuestro pasado que conocía a fondo nuestros archivos, en particular el del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde tenía un cargo. Fue el señor Francisco Centeno. Fuimos sus amigos en nuestra juventud y de él tendremos siempre un afectuoso recuerdo. Su obra, en tres tomos, *Virutas históricas (1810-1928)*, es un conjunto sorprendente de artículos, monografías y reproducciones de documentos de extraordinario valor. "Estas fuentes no son luminosas —dijo el autor en un epígrafe—, pero en ellas existen luciérnagas que alumbrarán rumbos y derroteros desconocidos." Mucho más que esto: son aportes que llenan de luz períodos oscuros de nuestro pasado. En lo que se refiere a Varela aportan el tesoro de una documentación como no ha reunido ningún otro historiador. Es la fuente más rica que existe para reconstruir su triste odisea. Sólo puede ser completada por la documentación que publicó en Tucumán Roberto Zavalía Matienzo y la que se halla en el archivo de *Los Taboada*, a la cual nos referimos en otras páginas. El *Archivo Mitre* también contiene elementos preciosos, en especial los que se refieren a la acción del gobierno. Con estos elementos, un historiador podría reconstruir la acción de los montoneros y caudillos sublevados, inconscientemente traidores a la patria, trastornados por resentimientos y sueños políticos que causaron grandes daños al país y lo habrían llevado a una ruina horrorosa si hubieran vencido. En el tercer tomo de sus *Virutas históricas*, publicado en 1935, el señor Francisco Centeno nos hizo el honor de reproducir una carta nuestra, del 5 de setiembre de 1931, en que comentamos su magnífica obra. No olvidamos su gentileza a medio siglo de distancia, como homenaje a un muerto de alguien que está próximo a morir.

La documentación referente a Varela se halla en el tomo segundo, aparecido en 1929. Se extiende desde la página 51 hasta la 204. Sus revelaciones son incontables. El ministro de guerra y marina, Julián Martínez, mandó ocho mil fusiles y cincuenta mil tiros a bala para hacer frente a los montoneros. La participación de Antonino Taboada fue decisiva. El general boliviano Nicanor Flores

tomó a su cargo la defensa imposible de Salta. El general Octaviano Navarro, que persiguió a Varela, lo hizo huir a Bolivia. Fue el aporte de las fuerzas de Salta y de Catamarca. El saqueo de Salta no significó una gran cantidad de muertos y heridos. Las tropas de Varela perdieron unos doscientos soldados. El "bandido" Santos Guayama y otros salteadores o montoneros, quedaron dispersos. Guayama informó a "don Felipe Varela", desde Orán, el 27 de octubre de 1867, que los frailes le habían asegurado que "se presentarán tres o cuatro de los ricos y les he puesto plazo para que se presenten y de allí ha de salir algo y le avisaré el resultado. También sé por el cura que las fuerzas de Santiago y Tucumán se iban a reunir y se componen de cinco mil hombres..." El cura, sin duda, quería asustar al bandido. Este Guayama vio "una fuercilla del enemigo" y creyó que se trataba de "paraguayos".

El coronel Puch hizo saber al vicepresidente Marcos Paz que Varela había estado en Jujuy "como hora y media, en cuyo tiempo cometieron sus hordas todo género de crímenes; es una reunión la que lo acompaña de condiciones tan perversas que han emborrado la memoria de Rosas y Oribe y que sin la oportuna llegada de la división del general Navarro, esta ciudad habría quedado des poblada, pues habrían pasado a cuchillo a todos los hombres y cubierto de oprobio y deshonor a todo el bello sexo, pues era la orden que tenían los soldados de Varela". Mucha gente, especialmente mujeres, como referimos más atrás, se refugió en el convento de los franciscanos. Varela, cuando le llevaron algunos frailes, los trató bien, "sin embargo de haberles dicho muchas barbaridades, amenazándolos con que en aquella noche iban a vengar la sangre de ciento veinte amigos que le habían muerto y herido en aquel día." El gobernador Luna había llegado con más de dos mil hombres.

La expedición de Varela había sido simplemente de saqueo. En los valles habían arreado grandes tropas de ovejas para mantenerse. Los ganados mayores los habían conservado para mandarlos a Bolivia y sus marchas. En las iglesias, montados a caballo, tomaban el aguardiente en los vasos sagrados. En la Quebrada destruyeron todas las casas, los granos que sus caballos no pudieron comer los arro-

jaron al río para que los que viniesen atrás no tuviesen alimentos. Tomás R. Alvarado informó al vicepresidente Marcos Paz que las fuerzas del libertador general Navarro se quedaban con los mejores ganados y los dueños tenían que comprarlos a los soldados. El gobernador de Salta, Sixto Ovejero, temía que las fuerzas impagas se desbandasen. Octaviano Navarro escribía que Varela tenía tanto temor que huía con dos jornadas de ventaja. Cuando las tropas del general Navarro llegaron a Salta estaban extremadamente extenuadas. Los soldados iban con los pies ensangrentados. Mitre dio un mensaje en el cual anunció el fin de la rebelión. Las victorias de San Ignacio y de Pozo de Vargas, de Arredondo sobre Saa y de Taboada sobre Varela, habían sido definitivas. Todo lo demás había significado un esfuerzo perdido de los montoneros. Navarro había perseguido un ejército en derrota. Julio A. Roca había impedido el retorno de Varela con sólo una división de doscientos hombres mandada por el coronel Pedro Corvalán y el sargento mayor Nicolás Ruiz. La guardia nacional movilizada en Salta había sido licenciada. Pedro Corvalán había batido a Varela en las Salinas. Varela había podido huir gracias a sus buenas cabalgaduras. Lo perseguía el sargento mayor Ruiz con treinta hombres. El gobernador de Salta, Sixto Ovejero, y el general Octaviano Navarro, se tomaron en una interminable polémica por suponer el primero que el segundo no había intervenido a tiempo. Lo único positivo es que las montoneras fueron disminuyendo, hasta desaparecer de nuestra historia y que el pobre Varela, después de peregrinar y mendigar en Chile, murió en Náutico, el 4 de junio de 1870. El diario *La Verdad* de Copiapó, del 22 de julio, dio esta noticia: "En la mañana del 6 de junio fue sepultado en el cementerio de Tierra Amarilla, Felipe Varela, fallecido antes en Náutico, a la vuelta de una dilatada prostración física en la que la tisis complicada con otras dolencias no menos graves, ejerció su obra lentamente destructora sobre una complexión que se hubiera dicho de hierro. El nombre del finado había logrado adquirir una celebridad poco envidiable. Varela fue uno de esos últimos caudillos que han pasado la tea de la discordia con propósitos políticos, según sus amigos, con fines depravados tan sólo, a decir de sus enemigos; quizás con ambos objetos a juicio de los imparciales. Hace cuatro años más

o menos el nombre de Varela era pronunciado de una manera muy diferente de lo que puede pronunciarse hoy en muchos pueblos del Oeste de la vecina república....”

No sabemos quién escribió este artículo necrológico. Lo que podemos decir es que la historia, a más de un siglo de distancia, no puede agregar ni cambiar una palabra a la exactitud de su juicio.